

Celular

por Juan José Conti

13:02 h

Cuando su marido entró la vio llorando, dejó caer su caja de herramientas y se puso a llorar con ella mientras la abrazaba fuerte. No necesitó que Estela le diga lo que había pasado, porque no hay nada en la Tierra que se compare con el llanto de una madre cuando ha perdido a su hijo.

12:37 h

La música de la radio llena la cocina. Estela apaga una hornalla, destapa la cacerola y huele el aroma que asoma. Su especialidad está casi lista. Hoy llega su hijo que estudia en la ciudad. El fin de semana pasado no vino porque estaba con exámenes, así que se lo extraña en la casa. El colectivo llega al pueblo a las 13:20. Su papá Antonio va a salir un rato antes del trabajo, va a pasar por la casa para lavarse las manos y va a ir a esperarlo a la terminal.

A Estela le parece escuchar el teléfono. Apaga la radio y presta más atención. ¿Quién podrá ser? Se abre camino hasta la mesita del teléfono y atiende. Los lentes que tenía en la mano se le resbalan. Ella como imitándolos también se resbala y cae sentada en una silla. Le pregunta a su interlocutor si está seguro de lo que le está diciendo.

En la cocina, los fideos, que no se enteraron de lo que le pasó a Martín, rebalsan de la olla mientras el agua hierve.

12:30 h

Esa mañana el calor es más insoportable que nunca. Gustavo cierra la puerta de su auto y enciende el motor. El aire no anda, así que abre la ventanilla mientras toma la avenida. No ve que un chico cruza la calle distraído con su celular.

Cuando cualquiera de los dos levantó la vista, fue tarde. Había atropellado a una persona, a un chico. Lo había matado.

Intenta hacer algo pero enseguida un policía le dice que no lo mueva, se agarra la cabeza y entre lágrimas piensa en su mujer y en sus dos hijas. Con bronca pateo la llanta mientras al chico lo suben a una ambulancia. Otro policía le dice ahora a él que no se mueva, que espere para que le tome una declaración. ¿Una declaración? Preguntó entre las lágrimas que no dejaban de caerle. Arrodillado cae en el asfalto cuando empieza a lloviznar. Y en ese momento lo ve, el celular del chico está tirado entre las ruedas delanteras de su auto. Estira el brazo y temblando lo agarra. Con miedo, aprieta un botón y lee en la pantalla “Casa”. Se cubre los ojos con la mano izquierda. Luego vuelve a mirar el aparato sabiendo ya lo que tiene que hacer. Oprime el botón verde y hace la llamada.

Una madre en un pueblito a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia se derrumba en la silla que la familia Gonzalez tiene junto a la mesita del teléfono.

9:30 h

Esa mañana Martín Gonzalez se levantó, se bañó y desayunó unas tostadas con mate cocido junto con uno de sus compañeros de la pensión. Le contó que estaba contento y triste a la vez. Estaba

contento porque le había ido muy bien en los exámenes de la semana y eso pondría muy orgullosa a su mamá Estela que siempre que le preguntaban decía orgullosa que su hijo estudiaba medicina en la ciudad.

Pero también estaba triste. En su casa la plata no sobraba y estaba seguro de que su papá se iba a enojar con él cuando se enterase. Lo iba a tratar de irresponsable y le iba a decir que era un consentido de su madre. Pero él no tenía la culpa, los otros eran dos y él solamente uno. No quiso dárselos, pero no tuvo más remedio que soltarlo cuando forcejeaba y vio el resplandor de una navaja. Sin pensarlo se fue corriendo hasta la pensión.

Todo esto le pasaba por la cabeza mientras revolvía el mate cocido para que se enfriara un poco. Más tarde, volvería al pueblo para pasar el fin de semana con su familia y ni se imaginaba lo contento que los iba a poner cuando se enteraran de que la tarde anterior le habían robado el celular.